



Quatro importantes miembros de «La Pandilla», que han celebrado alegremente la llegada de Navidad

Charlie Ruggles, divertido actor de la pantalla, que frecuentemente vemos aparecer ante nuestros ojos



En estos días en que la afición a los deportes de nieve se manifiesta en todas partes, Mary Garrison—bella actriz de la M. G. M.—, da muestras también de sus aficiones, aunque con tan escaso vestuario y un fondo tan friolero, que causa escalofríos

## CRONICA de CINELANDIA

Probablemente será una sorpresa para todos el saber que la primera actriz que apareció en películas habladas no es otra que Una Merkel, ahora bajo contrato con la Metro Goldwyn Mayer. Tal distinción quedó eclipsada ante los fuegos artificiales con que se celebró la introducción de la voz en la pantalla.

Este debut de miss Merkel en el cine parlante, tuvo efecto allá por 1924 en una película de dos rollos titulada «Love's old sweet song», cuando el doctor Lee Forest logró fotografiar al personaje y su voz en una cinta de celuloide.

Veinte años antes, Thomas A. Edison había hecho experimentos con un fonógrafo sincronizado con la película; pero sin éxito mayor, pues que la voz resultaba siempre anterior o posterior a la acción. A decir verdad, sólo cuando De Forest inventó su tubo—algo semejante a una válvula de selenio que dejaba pasar la luz a través de una abertura a efectos de la luz eléctrica—, se obtuvo sincronización verdadera del sonido y la fotografía en las películas.

Una Merkel representaba entonces un papel con la esposa del doctor De Forest, excelente cantatriz. Cuando la película estuviese terminada, el inventor se disponía a presentarla como número de variedades.

—Las películas parlantes de hoy en día son un lecho de rosas en comparación con las penalidades que pasamos con la producción de De Forest—confesó miss Merkel cuando le mostraron un antiguo periódico científico donde le reconocían el mérito de haber interpretado uno de los papeles importantes en esta primera tentativa de películas habladas—. Yo no había cumplido todavía los veinte años, y me dieron el papel principalmente a causa de mi parecido con Lillian Gish, cuyos papeles aprendía en caso de necesitarse un sustituto. En el local donde trabajábamos no cabía sino un escenario, que estaba pesadamente acolchado para eliminar todos los ruidos innecesarios, y también el aire, para ser francos. Esta preparación se deba a la sensibilidad extrema de los discos, que parecían un par de chimeneas conectadas por un alambre eléctrico. Cuando acabé de hablar y hubo de contestarme el primer galán, tuvieron que remover toda clase de tornillos y palancas, y ajustar la longitud de las ondas, o lo que fuera, para adaptar su voz al registro.

Aun en esos tiempos—añadió—, teníamos nuestros problemas del sonido. Recuerdo cierta escena que requería la vibración del timbre del teléfono. Ensayamos toda suerte de campanillas, timbres y gongos; pero, o bien no se dejaban oír, o retumbaban como una ametralladora en la impresión. Finalmente alguien sugirió la campanilla de una bicicleta; nuestro electricista, director de escena y tramoyista, todo en uno, corrió a la esquinilla a buscar el indispensable artefacto, y al cabo, la impresión resultó perfecta.



Una Merkel, encantadora actriz de la M. C. M., aparece aquí con un vestido que podríamos llamar «veterano», quizá recordando que ella lo fué del cine hablado. En efecto, miss Merkel fué la primera mujer que impresionó una película hablada.

—Teníamos «silenciadores» primitivos para las máscaras—continúa—, estuches de madera en que se cerraba el aparato para ahogar el zumbido de la cámara mientras se tomaba la escena. Para obtener resultados científicamente correctos, teníamos que fotografiar e imprimir cada escena cincuenta veces antes de que el doctor De Forest se diera por satisfecho. Después me confesó que me habían elegido a causa de la lánguida inflexión de mi voz y que no me lo dijeron por temor de que echase a perder esta cualidad.

—No sé que se hizo de la película—terminó diciendo miss Merkel—, pero sí sé que trabajamos más firme que en cualquiera de las cintas de diez rollos en que he participado desde entonces. Y, cuando, en 1928, la excitación del cine hablado alborotaba a todo Hollywood, yo me sentía como una veterana de la pantalla sonora.

He aquí algo ignorado que ha llegado a conocimiento de los aficionados al cine.

E. MANEA.

## Unas manifestaciones interesantes EMIL JANNINGS Y LA EVOLUCION DE LOS TIPOS EN EL CINEMA



EMIL JANNINGS

El productor americano se ha vuelto indulgente. Ya no mira por encima del hombro a su competidor europeo. Ya no se cree el único con derecho a imponer los films que salgan de sus estudios, fueren éstos los que fueren. Porque el público, manso cordero de otros tiempos, ha da-

do muestras de que también puede tener opinión, y se ha inclinado, decididamente, hacia las producciones de manufactura europea, tan distintas—y tan cinematográficas—de las de aquella que, hasta hace poco, fuera la meca absoluta del cine mundial.

En comparación, los estudios europeos han batido a los americanos. Y he aquí la razón que incita al productor yanqui a no mirar despreciativamente como antes al film europeo y si a considerarlo como un contrincante de clase, al que hay que estimar y del que conviene también aprender.

El primer resultado de todo esto, es que por primera vez en la historia del cinematógrafo americano, los rasgos fisonómicos de la gran mayoría de las personas y la presencia común—en su mayoría desgarrada—se consideran como factores muy apreciables, y hasta como galardones en el mercado de la industria yanqui productora del séptimo arte.

Clark Gable y Wallace Beery, por no citar otros, son las pruebas vivientes de estas afirmaciones. Son los astros masculinos que más se cotizan en el cinema yanqui y sus películas son las que alcanzan mayores éxitos.

No son estas unas afirmaciones aventuradas, sino simples reflejos de las manifestadas por Emil Jannings, el famoso actor germanico, a un reporter de cierta interesante revista.

Dice Jannings:

—Cuando hace pocos años estuve en Hollywood, sentí como nunca la conciencia de mi continente poco atractivo y mi figura pesada. Al verme rodeado de tan lindos jóvenes de físico delicado y de figura flexible, me encontraba desplazado. Sin embargo, actualmente, de acuerdo con la «standardización» americana de películas que hoy privan, no cabe duda que estaría por completo dentro de la moda.

Recuerdo que cuando se comenzaron a rodar en Hollywood las películas habladas, mis directores no pudieron encontrar un papel que fuera adecuado para mí. Se me ocurrió sugerir que se me confiara el protagista de «Hairy Hape»—literalmente «El mono velludo», de Eugenio O'Neil, pero la idea resultaba prematura. Hoy habría sido aceptada con aplauso. Tanta ha sido la revolución causada en el gusto del público y en la actitud de quienes gobiernan el negocio cinematográfico de los Estados Unidos.

Von Stroheim, en «La flota perdida» («The lost squadron»), y Fritz Kortser en «Karamazoff, el asesino», ambas creadas en Europa, son dos maravillas de interpretación, de la interpretación que gusta ahora al público.

Y permítanme que, ya que hablamos de «Karamazoff, el asesino», sea algo profeta: la joven que acompañó a Fritz Kortner en la película que acabo de mencionar, tiene un brillante porvenir. Ha trabajado conmigo en otra película. Su nombre es Ana Sten y es rusa de nacimiento. Cuenta solamente veintidós años de edad. Prueba de esta afirmación es que acaba de obtener un contrato en Hollywood para interpretar, con Ronald Colman, la misma obra que hizo con Kortner, en su versión inglesa.

J.